

Documental

EL PERIODISMO

EN LA VOZ

DEL PAPA

Versión castellana del discurso que Su Santidad el Papa Pío XII dirigió a 150 miembros de la Asociación de Prensa Extranjera, en Roma, para hablarles de la nobleza del periodismo y del carácter estrictamente espiritual de la misión de la Santa Sede:

Nos alegramos, señores, de poder recibirlos finalmente en esta Casa, a vosotros, que representáis más de treinta naciones; y de acoger así un deseo que los corresponsales de la prensa extranjera en Roma nos habían manifestado ya al principio de nuestro Pontificado. Deseaban entonces llegar hasta Nos con motivo del IV Congreso de su Asociación; pero los trágicos acontecimientos de la segunda guerra mundial frustraron este proyecto. Vuestra presencia aquí nos es, por lo tanto, más agradable después de un intervalo de casi catorce años, durante los cuales, si la faz de la tierra desgraciadamente no se ha renovado en el sentido del conocido texto de la Escritura, al menos se ha modificado bastante.

La Santa Sede es la autoridad suprema de la Iglesia Católica, y por consiguiente, de una sociedad religiosa cuyos objetivos están situados en lo sobrenatural y en el más allá, aunque ciertamente la Iglesia vive en el mundo. Sus hijos e hijas, es decir, 400 millones de católicos, pertenecen cada uno a un pueblo y a un Estado determinado.

Es siempre una de las tareas esencia-

les de la Santa Sede velar porque en todo el mundo reinen entre la Iglesia y el Estado relaciones normales y si es posible amistosas; para que entonces los católicos puedan profesar y vivir su fe en paz y tranquilidad, y para que la Iglesia pueda, a su turno, proveer para el Estado aquel sólido apoyo espiritual que siempre ofrece doquiera ejerce con libertad su influencia.

Los acontecimientos políticos influyen, por consiguiente, también en la Santa Sede; pero solamente por repercusión, en la medida que muchas veces de una manera repentina y radical, alteran la situación de la Iglesia en un país. Sin embargo, la Iglesia no quiere ser, ni es, un poder político, esto es, una potencia que persigue fines políticos con medios políticos. Es fundamentalmente un poder religioso y moral cuya competencia alcanza a los dominios de la religión y de la moral, y estas a su vez abarcan la actividad libre y deliberada del hombre, ya se le considere en sí mismo, ya en relación con la sociedad.

Ante las potencias políticas, la Iglesia permanece neutral, o mejor aún, ya que este término es demasiado pasivo y ambiguo, digamos imparcial e independiente. La Santa Sede no se deja llevar a remolque por ninguna potencia o grupo de potencias políticas, aunque se afirme mil veces lo contrario. A veces puede suceder, a consecuencia de algunas circunstancias, que el camino de la Santa Sede se encuentre con el de una potencia política. Pero en lo que toca al punto de partida y al objetivo de su camino, la Iglesia y la Santa Sede siguen únicamente su ley propia, la misión que han heredado de su Divino Fundador, que consiste en redimir para Dios a todos los hombres y llevarlos a El, sea la que fuere su nacionalidad.

Ciertamente la misión misma de la Iglesia confiere a ella, y a su gobierno supremo, valores, normas, fines comunes que los contrastes y luchas terrenos no destruirán ni comprometerán: reservas de fuerzas espirituales y morales, alimentadas por la fuerza sabia de la fe cristiana; y cuyo vigor y función universal son reconocidos, si no por todos los hombres, al menos por muchos; fuerzas siempre dispuestas para el bien de la humanidad. He aquí la atmósfera que caracteriza esta morada y esta ciudad.

No os dejéis sorprender por el aspecto humano que podéis encontrar en la Iglesia. La ley fundamental que Nos hemos expuesto brevemente determina los actos

que rigen el gobierno supremo de la Iglesia: una tradición constantemente puesta a prueba y dotada de una rica experiencia le muestra el camino y le enseña a guardar, respecto a todos, su imparcialidad y su independencia, aun en medio de las más violentas agitaciones de los acontecimientos políticos.

Nos os expresamos, señores, nuestros más vivos votos para el ejercicio de vuestra profesión; importante sí, y a la vez difícil y llena de responsabilidades. ¿Nos permitís tratar brevemente dos dificultades que se encuentran en ella? La primera tiene su origen ya en el principio inmutable que gobierna a la prensa: hacer accesibles los últimos acontecimientos al mayor público y de la manera más rápida y regular posible. Hoy día el progreso de la técnica ha reducido al mínimo la distancia y el intervalo entre el hecho y su publicación; y en este mínimo de tiempo vosotros debéis transmitir una información fiel, que contenga claramente y en forma expresiva todos los elementos esenciales. Verdaderamente, es una exigencia casi exorbitante. Vuestros predecesores, que vivieron antes de la radio, el teléfono y el telégrafo, tenían un cometido mucho más fácil que el vuestro.

La segunda dificultad es mucho más seria. La virtud principal del periodista es, como siempre, un amor insobornable a la verdad. Sin embargo, cuántas tentaciones tratan de apartaros de ella: tentaciones provenientes de los intereses de partido; y acaso de la prensa misma por cuenta de la cual trabajáis. ¡Qué difícil puede ser el resistir y respetar los límites que la verdad prohíbe traspasar en absoluto! Sin olvidar tampoco que la "conspiración del silencio" puede también ofender gravemente la verdad y la justicia. Después están las tentaciones por parte de la opinión pública, o más exactamente, de las opiniones del público, que el periodista no puede seguir sin reservas, él que precisamente debe ajustarlas a la verdad y al derecho, y depurarlas y guiarlas por igual.

Vosotros sabéis por la propia experiencia de cada día lo difícil que es muchas veces el asegurar la verdad pura, en el campo de la opinión pública, una parte siquiera de la consideración con la que pueden frecuentemente contar la mentira y las verdades a medias, cuando éstas admiran y seducen. ¿No ha expresado La Fontaine una observación semejante en los bien conocidos versos: "El hombre es de hielo para las verdades; de fuego

para las mentiras"? (Fb. 1, IX, 6).

Si existe en nuestro pobre mundo un "tempus belli", tiempo para la guerra, y un "tempus pacis", tiempo para la paz; un "tempus loquendi", tiempo para hablar; y un "tempus tacendi", tiempo para callar, no hay en cambio, "tempus veri", tiempo para la verdad, y "tempus falsi", tiempo para el error. Cuando se presenta la cuestión de las relaciones entre naciones y estados, una de las condiciones esenciales para iluminar la oposición, para acercar a los pueblos, para asegurar la paz, reside en educar la opinión pública para que mire a las cosas como son, y pondere la verdad sin pasiones, con calma y dignidad.

Cada uno de vosotros procura servir a su patria. Pero servidla con la convicción de que también pertenece al bien común de sus compatriotas el tener buenas relaciones con otros estados, el comprender su carácter, respetar sus derechos; con lo cual se cultivan los medios más efectivos para preparar y consolidar la paz.

Pese a los horrores y miserias inherentes a la guerra y al período inmediato, ambos han tenido la virtud de despertar en los hombres mayor conciencia de este hecho.

Nos hemos hablado de la paz. En la postguerra se ha usado ampliamente esta palabra; se ha abusado incluso de ella. Nos creemos poder atestiguar, hemos dado a la paz, tal como el mundo la necesita, un sentido claro y realista. Por el momento no podemos sino expresar la esperanza —si nos es posible aventurar esta palabra— de ver entablarse entre las potencias un diálogo franco y leal. Sin asegurar todavía la paz, es al menos su primera e irremplazable condición, faltando la cual no se sabría dar un paso hacia la misma.

Dígnese el Señor, que concede y ama la paz —auctor pacis et amator—, como dice la Iglesia, daros a todos luz, energía y constancia, para ser cada día heraldos más valerosos de la verdad, defensores intrépidos del derecho; prudentes centinelas de una verdadera paz. He aquí lo que Nos os deseamos a todos vosotros y a vuestros compañeros, para la hora presente, en que la humanidad oscila entre el temor y la esperanza ansiosa; y mientras invocamos la protección del Altísimo sobre los pueblos y las naciones que vosotros representáis, imploramos las bendiciones del Señor, sobre vosotros, sobre vuestros seres queridos y sobre todas las personas que lleváis en vuestra alma y en vuestro corazón.